

Silvia Federici (2013)

Revolución en punto cero. Trabajo doméstico, reproducción y luchas feministas

Traficantes de Sueños, Madrid, 285 pp.

El libro al que nos acercamos, “Revolución en punto cero”, es, sin duda, una excelente muestra de la trayectoria reflexiva de Silvia Federici, natural de Padua, profesora de ciencias sociales en la universidad Hofstra y una de las pensadoras contemporáneas clave en el análisis del trabajo, el género y en la construcción de alternativas sociales desde abajo. Nos enfrentamos a una lectura de excelente prosa y claridad conceptual, aunque compleja por la importancia de los temas tratados y, sobre todo, por la profundidad con que se examinan. Desde la visión de las ciencias sociales, Federici trenza sus argumentos contemplando las distintas dimensiones del trabajo y, sobre ellas, establece juiciosas relaciones a través de las variables que se utilizan en los estudios científicos sobre las desigualdades sociales: poder, género, clases sociales, étnico-raciales, etarias, preferencias afectivo-sexuales.... Asimismo, es necesario significar cómo, en esta colección de tres décadas de textos que puede parecer heterogénea, hay un claro hilo conductor: el trabajo de mantenimiento de la vida y las luchas por su reconocimiento social y económico.

Desde la introducción del libro, Federici avisa de las estrategias activas a través de las cuales el neoliberalismo impone su ideología como inevitable, con el propósito de romper el apoyo mutuo desarrollado históricamente entre las personas para frenar las desigualdades sociales. Un tema clave en el pensamiento sociológico que ha quedado reflejado en distintas ideas: “desafiliación” (Castel), “corrosión del carácter” (Sennett), “nuevo espíritu del capitalismo” (Boltanski y Chiapello) o a la metáfora de la “sociedad líquida” (Bauman). Junto a esta denuncia, como examinaremos, Federici va a dedicar buena parte de sus esfuerzos en estos textos, a meditar respecto a la autogeneración desde las bases de formas de solidaridad contra el neoliberalismo.

El punto central de análisis en esta obra es el trabajo doméstico y Federici, para acercarse a ésta actividad humana, se apoya en la caracterización del trabajo que hizo el primer socialismo, cuya concepción era transversal entre mujeres y hombres y comunitaria para el desarrollo de la vida. Una idea acuñada por Robert Owen hace casi dos siglos, que implicaba el reparto de los tiempos y espacios: ocho horas de trabajo cooperativo; ocho horas para la vida, en la casa como espacio de convivencia, para la educación de las personas y el trabajo voluntario para la comunidad y ocho horas de descanso. Desde su formulación,

la propuesta de Owen constituyó la punta de lanza de los movimientos obreros, pero la literatura y la acción social del trabajo del XIX segregó y “naturalizó” los tiempos, espacios y trabajos por género y limitó su reconocimiento al asalariado masculino. Por tanto, uno de los cometidos de la obra es recuperar la evidencia de las distintas formas de trabajo necesarias y complementarias para la vida y, en este sentido, Federici distingue: 1) el trabajo que produce bienes y el que “reproduce”, al generar servicios necesarios a la sociedad, sometidos a salario; 2) el trabajo que proporciona cuidados para reproducir la mano de obra, cuyo tiempo de dedicación es acumulado por el capital y, asociado de forma íntima, el trabajo de mantenimiento de la vida, afectivo e imprescindible para el bienestar humano, pero sin ser considerado valor de uso y, en consecuencia, no susceptible de retribución; y 3) el ocio o descanso, expropiado a las mujeres por las dobles jornadas laborales, que se determina en algunos textos de Federici como inexistente, como “una crisis reproductiva permanente”.

Una vez precisado su enfoque sobre el trabajo, la científica de Parma se dirige a examinar las filosofías del Banco Mundial y el Fondo Monetario Internacional que, en connivencia con el capitalismo, están promoviendo un determinado programa político-económico. Al unísono, hacen énfasis en la ideología del empoderamiento del individuo frente a las clásicas solidaridades colectivas, con objeto de romper los lazos históricos de cooperación en las comunidades; promueven el autoempleo, con el “emprendimiento” y la “microempresa”, para inculcar la asunción de riesgos de manera solitaria; se avanza hacia la acumulación por desposesión mediante las deudas personales (inmobiliarias, de consumo e incluso para acceder a servicios públicos esenciales) y, por último, cómo las ONG colaboran facilitando microcréditos, que atan a las mujeres de los países del “Tercer Mundo” con penosas deudas. Según estos planes globales, primero hay que acceder al empleo bajo las condiciones desregularizadas impuestas por estos organismos y, solo una vez aceptadas estas normas, entonces las personas pueden tener protección social. Además, desde estos organismos, de forma activa se destruye al comunalismo en África, Asia y América Latina y, en todos los países, se desmantelan los sistemas públicos de educación, sanidad y servicios sociales. Por último, como parte de estos proyectos, las empresas privadas se apropian de los comunes (agua, tierras, bosques, playas...), abriéndose paso a los cultivos transgénicos, los biocombustibles, la megaminería y la pesca industrial. De este forma, pese a las campañas contra la violencia de género promovidas desde la ONU, se ha generado una agresión silenciosa contra las mujeres inherente al proceso de acumulación capitalista: “la violencia de las hambrunas, las guerras y los programas de contrainsurgencia, que han allanado a lo largo de los años ochenta y noventa el camino para la globalización económica”.

En los últimos artículos recopilados en “Revolución en punto cero”, Federici se dirige sin ambages a desmontar una teoría que se está convirtiendo en

dominante en algunos círculos de llamado precariado intelectual (jóvenes con títulos universitarios que padecen peores condiciones laborales que las de sus progenitores), pero que pretende ser omnicomprensiva del sistema de producción y, definitivamente, de la sociedad. A juicio de los autores, cuya coherencia ideológica radica en la interpretación actualizada de los Grundrisse de Marx, estamos asistiendo al “fin del trabajo”, en el significado fordista de ser empleo masculinizado productivo de bienes, sustituido por el “capitalismo cognitivo” gobernado por el intelecto y las máquinas, que difumina las diferencias entre los distintos tipos de trabajo. Asimismo, según los seguidores de esta corriente, la transformación del trabajo que determina, este nuevo “capitalismo cognitivo”, se convertirá en hegemónico en la infraestructura económica y conducirá inexorablemente a la relatividad del valor de cambio de los bienes y servicios. En consecuencia, una vez que no se puede precisar en cualquier actividad humana, si es productiva o reproductiva y determinar cuál es su precio de mercado, queda legitimado que se demande la garantía de una renta suficiente para la existencia de todas las personas y, de forma simultánea, participar de la riqueza en común. Además, esta hipotética distribución económica, que se impondrá como consecuencia de la hegemonía del capitalismo cognitivo”, conllevará transformaciones en la superestructura ideológica. Al respecto y en el criterio de Federici, estamos ante “una perspectiva altamente empoderadora”, cuyo atractivo máximo es “relanzar la idea de que la revolución es ahora”, pero... “al mismo tiempo, los cimientos empíricos de sus dogmas principales son bastante inestables al estar su mensaje político a menudo plagado de contradicciones”.

Conforme con Federici, llevar a la práctica el gobierno de las máquinas propuesta en los Grundrisse de Marx resulta inviable. En primer lugar, porque esta visión contempla el trabajo de mantenimiento de la vida como algo “naturalizado”, no susceptible de tener valor de cambio o, en otras palabras, de traducirse en plusvalía y salario. Y es que el marxismo entiende el mantenimiento de la vida como una actividad que es entregada de forma desinteresada por el grupo de las mujeres a la acumulación capitalista. Si bien, es cierto que, después de años manteniendo la ortodoxia marxiana, los autores del fin del trabajo incorporaron el concepto de trabajo inmaterial (Marazzi, Negri y Lazzarato, Gorz) de forma intangible a todos los procesos sociales, pero sin ser susceptible de convertirse en valor de cambio por su carácter “natural”, debido a que siempre ha sido realizado “desinteresadamente”. Por eso, la científica social italiana denuncia cómo esta nueva mistificación del trabajo afectivo se convierte en un esencialismo patriarcal, porque el trabajo de mantenimiento de la vida conlleva, inseparablemente, elementos inmateriales que los seres humanos debemos aportar a otros como el apoyo mutuo y, por otra parte, elementos que sirven para reproducir la fuerza de trabajo que son apropiados por el capital. El varón proveedor de bienes del fordismo puede desaparecer, pero el trabajo de la vida sigue presente. Un trabajo

basado en los afectos y los saberes, no en la inmaterialidad del capitalismo cognitivo; ejercido por las mujeres, no por robots y sin evidenciarse en los textos doctrinales postmarxistas, salvo en alguna nota subalterna, su carácter acumulativo y de explotación por parte del capital.

Por otro lado, tampoco puede sostenerse que una posible reestructuración del sistema productivo elimine las jerarquías y las relaciones de dominación que se manifiestan en todos los grupos en función de las desigualdades sociales, porque estas “diferencias” son de orden cultural y, profundamente, interiorizadas sin distinguir clases sociales. En este sentido, Federici evidencia la simplicidad del materialismo histórico, al obviar estas luchas y, sobre todo, la carencia de medios para pensarlas y, en consecuencia, de herramientas políticas para abordarlas. Asimismo, hace énfasis en la incompetencia de este pensamiento para ver que la reorganización global genera una nueva división sexual y racial en la clase trabajadora, que profundiza las fracturas en su seno. Un importante matiz, coincidente con las tesis de la “feminización de la supervivencia en la economía global”, expuestas por la socióloga holandesa Saskia Sassen.

En Federici, las actividades socialmente necesarias para el mantenimiento de la vida implican un doble objeto de atención. Por una parte, hay una intensiva mano de obra femenina, que no puede ser sustituida por máquinas, en un trabajo emocional, físico e intelectual de cuidados a menores y mayores, personas enfermas, dependientes y con diversidad funcional y, en ocasión alguna, este trabajo no puede ser rechazado. Debido a que, si lo eludimos, corremos con el riesgo de autodestruirnos y de dañar a las personas que cuidamos. En esta dirección, es necesario evidenciar que, la autora italiana visualiza y atribuye salario a quienes cuidan a las personas mayores y a las que padecen la falta de salud, “soledad, exclusión social e incremento de su vulnerabilidad frente a abusos físicos y psíquicos”. Y por ello, denuncia que “las tareas de cuidado de los mayores, que ya no son capaces de valerse por sí mismos, se han abandonado en manos de las familias y parientes con escaso apoyo externo, en la presunción de que las mujeres deben asumir esta tarea de una manera natural como parte de su trabajo doméstico”. Además, Federici evidencia cómo el trabajo de vida es un recurso fundamental para la acumulación capitalista, al producir y reproducir la fuerza de trabajo. En este punto, reconoce que, tras abandonar los posicionamientos del marxismo autónomo, ha modificado de forma gradual su concepción del trabajo doméstico, desde una actitud de “rechazo”, a la “valorización” del mismo y, en estos momentos, a considerarlo como “parte de la experiencia colectiva”. No es una lucha contra nuestras familias, es una lucha contra el proceso de acumulación del capital, que debería recorrer el camino hacia la “degeneración” de este trabajo. Es este punto, donde debe evidenciarse el valor simbólico y el de cambio de lo doméstico, y rechazar la asignación “naturalizada” que las grandes ideologías contemporáneas han realizado del mismo al grupo de las mujeres. Sin

el trabajo de sostenimiento de la vida, compuesto de cuidados y afectos, y sin las tareas de reproducción material, no podría existir el “común cultural”. Y, en estos momentos, el neoliberalismo está sometiendo a la vida a una intensa precarización, al deslocalizar la producción, flexibilizar el empleo, gentrificar las ciudades y forzar a inmigraciones. No son ajenos a estas políticas los estados nacionales que han paralizado, en buena medida, las inversiones en salud, educación, transporte público y otras necesidades básicas. Las privatizaciones, externalizaciones y la gestión privada han transferido los cuidados a los hogares, volviéndose a aprovechar de la fuerza de trabajo invisible y no remunerada, sobre todo, de las mujeres.

Para Federici, como científica social, el género es una categoría analítica que no puede abolirse, porque indica dominación, jerarquía y desigualdad sobre un grupo social; contra estos procesos discriminatorios, debe lucharse si se quiere lograr la igualdad. Por eso, la profesora concibe como objetivos del feminismo internacional desafiar al patriarcado y a la acumulación en el contexto de la división sexual e internacional del trabajo. En estos puntos, como en la concepción del trabajo, se aleja de concepciones reduccionistas. Como la mayoría de la literatura, desde que fue introducido el patriarcado en el debate académico, se adhiere al consenso existente en las ciencias sociales cuando se precisa que el patriarcado tiene un carácter autónomo respecto al determinismo económico y, también, confluye con los estudios de Gerda Lerner, cuando sostiene que el patriarcado es una construcción cultural anterior a la sociedad de clases. En consecuencia, hay confluencia, tanto en el pensamiento feminista, como en las ciencias sociales, en precisar que los programas cuyo punto focal es la redistribución económica, necesariamente, no actúan sobre los sistemas de poder y jerarquía que impone el patriarcado.

Por estos motivos, para Federici el tema clave de las luchas feministas es concretar si aspiran a terminar con los mecanismos ideológicos de poder y jerarquía que sostienen la división sexual e internacional del trabajo y las desigualdades entre trabajo asalariado y trabajo no asalariado. Y estos objetivos no se consiguen a través de reivindicar la igualdad en el mercado laboral. Hay que cuestionar y demoler las actuales relaciones sociales, que son el soporte de la explotación. Por tanto, el feminismo de Federici es ideológico. Si bien, de ideas científicas contrastadas, que no se doblega ante las agendas neoliberales de los organismos internacionales. Es feminismo de la diferencia, no esencialismo y, en esta dirección, denuncia una segunda oleada de mística de la feminidad que pretende introducir el capitalismo cognitivo. Es ecofeminista, porque tiene su centro en la sostenibilidad de la vida y de la tierra como Maria Mies y Vandana Shiva. Es descolonizado, cuando sus referentes son Samir Amin o Frantz Fanon y, de este modo, como Gayatri Spivak sus textos pretenden dar voz a las “subalternas”: las mujeres africanas y latinoamericanas, Y, definitivamente, por su propuesta de

generar redes de solidaridad entre las abajo, desde el apoyo mutuo, es un feminismo comunitario.

Por su profundidad científica, la obra de Federici presenta importantes similitudes con el gran pensamiento sociológico contemporáneo y, al mismo tiempo, diferencias irreconciliables con otras teorías más orientadas a la acción que a la teoría social. En primer lugar, y en coincidencia con la literatura laboral más relevante, Federici recuerda la existencia de una nueva división internacional del trabajo por sexos y entre países del centro y la periferia que conlleva precariedad y la distribución desigual en el trabajo. En los países ricos, exceso en muchas mujeres, por su doble condición de trabajadoras con bajos salarios y por tener, a la vez, el cargo del mantenimiento de la vida, en sus dimensiones de acumulación capitalista y trabajo afectivo. Y, asimismo, muestra cómo, desde el declive del trabajo fordista, muchos hombres carecen de salarios, sobre todo los no cualificados. Más allá del centro de economía global, Federici evidencia que, en el grupo de las mujeres, los problemas se recrudecen con la pobreza, la emigración, la violencia contra sus cuerpos, tanto por sus parejas, como por las políticas neoliberales. De este modo, el declive del trabajo asalariado, no es el fin del trabajo. En la obra de la autora italiana, el mantenimiento de la vida es un trabajo socialmente necesario para la persona en sí y, sobre todo, para el mantenimiento de todos los seres humanos a través del apoyo mutuo. En consecuencia, y a diferencia de otras teorías que, para quienes no disponen de empleo, demandan derechos económicos sin reciprocidad de participación social, Federici identifica en el trabajo de vida un compromiso, que deben adquirir las personas, de construcción comunitaria desde abajo. Y, además, éstas las luchas por los salarios domésticos, por las condiciones laborales, por los servicios públicos y por los bienes comunes, las que ponen las bases del proyecto comunitario.

En Federici, el sujeto transformador es sencillo: son las personas que, desde el apoyo mutuo, luchan por los comunes. Por esto, como alternativa al sentimiento y pensamiento anómico impuesto por el neoliberalismo contra la vida, la profesora desglosa a lo largo de varios textos las herramientas de lucha para hacerle frente, que no son otras que los elementos de cohesión tradicional de la clase trabajadora para limitar el poder del estado y el capital sobre la existencia cotidiana de las personas. Así, precisa el apoyo mutuo de Kropotkin, las comunidades de Fourier, Owen y Cabet, el trabajo colectivo, la sororidad de Lagarde para tejer redes feministas. Y todos estos elementos son preliminares y necesarios para lograr el objetivo final que plantea Federici: construir el interés colectivo “los comunes”, “una alternativa lógica e histórica al binomio Estado y propiedad privada, Estado y mercado”. Un movimiento que tiene fines autorreproductivos en la reivindicación del control de la vida para las necesidades de la población, a través de medios de (re)producción compartidos de un modo igualitario y gestionados colectivamente.

Federici es una pensadora interdisciplinaria e intercultural. Ha compartido publicaciones y seminarios con algunas de las más estimulantes intelectuales del momento, no conocidas suficientemente en lengua castellana. Entre ellas, la feminista Mariarosa Dalla Costa, el profesor de filosofía George Caffentzis, Massimo De Angelis politólogo de la University of East London, el historiador Peter Linebaugh, la socióloga Saskia Sassen y el antropólogo libertario David Graeber. Las personas interesadas pueden seguir la actualidad de sus ideas en las páginas web de The Commoner (www.commoner.org.uk) y en libcom.org.

FRANCISCO DE LOS COBOS ARTEAGA
Universidad de Castilla-La Mancha
Fco.Cobos@uclm.es